

KALEDON

Legend of the Forgotten Reign

— Prólogo —

Vista previa gratuita

Alex Mele

El verano iba dejando lentamente paso al otoño en las tierras de Kaledon. Los campos que pocos meses antes brillaban de un verde intenso habían adquirido tonos dorados, y los campesinos trabajaban sin descanso para terminar la cosecha antes de que llegaran las lluvias. Era la época más exigente del año, pero también la que muchos preferían, porque representaba el momento en que meses de esfuerzo se transformaban por fin en algo concreto.

Montar se apoyó en el mango de la horca y observó el sol que descendía lentamente hacia el horizonte. El día había sido largo. Una de las cercas del pastizal septentrional se había derrumbado durante la noche, y buena parte de la mañana se había ido en reconstruirla. A ese problema se habían sumado dos bueyes escapados y una carreta atascada en el barro cerca del arroyo. Nada extraordinario, solo las dificultades normales de la vida en el campo.

De hecho, pensándolo bien, era justamente esa previsibilidad lo que le gustaba. Nunca había deseado aventuras, riquezas o gloria. Le bastaba con saber que al final del día volvería a su propia casa. No muy lejos, algunos hombres estaban terminando de cargar el último heno en las carretas. Sus voces se mezclaban con el chirrido de los insectos y el rumor del viento que atravesaba los campos. Era un sonido familiar, reconfortante, que acompañaba la vida de aquellas tierras desde hacía generaciones.

Montar saludó con un gesto a algunos vecinos y empezó a recoger sus herramientas. Con el paso de los años había aprendido que la tierra no ama a quien tiene prisa. Exige paciencia, constancia y humildad. A cambio ofrece lo suficiente para vivir y alguna satisfacción que guardar en los recuerdos. Mientras cargaba los últimos utensilios en la carreta, su pensamiento voló inevitablemente hacia Skylar. Era algo que le sucedía a menudo en los últimos tiempos.

No porque estuviera lejos. Al contrario, después de tantos años de matrimonio, bastaba el recuerdo de su sonrisa para hacerle sentir más ligero cualquier cansancio. Se habían conocido durante una fiesta de la cosecha, cuando apenas eran unos jóvenes. Montar todavía recordaba perfectamente el modo en que el sol iluminaba los cabellos dorados de la joven y la naturalidad con que lograba hacer sentir cómoda a cualquiera que le hablase.

Muchos hombres del pueblo se habían sentido atraídos por ella, pero de algún modo había sido él quien había conquistado su corazón. Aún hoy consideraba aquello la mayor fortuna de su vida. El caballo avanzaba lentamente por el sendero que conducía a casa cuando el sol ya casi había desaparecido tras las colinas. Las sombras se alargaban sobre el campo y una fresca brisa vespertina comenzaba a recorrer los valles. Montar respiró hondo.

El aire tenía el olor de la tierra trabajada, de la leña y de las hojas secas. Era el olor de Kaledon. El olor de su vida. Fue en ese momento cuando vio a una joven familia cruzar un campo cercano. Un hombre caminaba llevando de la mano a una niña mientras una mujer los seguía sonriendo. La pequeña contaba algo con entusiasmo y los padres escuchaban divertidos. Montar observó la escena unos instantes antes de bajar la mirada hacia las riendas.

No sintió envidia. Ese sentimiento lo había abandonado hacía muchos años. Sintió, en cambio, una melancolía suave, parecida a la que se siente al pensar en un camino que nunca se ha recorrido. Él y Skylar habían deseado un hijo. Lo habían deseado con toda la fuerza que dos personas enamoradas pueden tener. Al principio habían tenido esperanza. Después habían rezado. Por último habían aprendido a aceptar el silencio con el que el destino había respondido a sus súplicas.

Ya casi no hablaban de ello. No porque el dolor hubiera desaparecido, sino porque algunas heridas se vuelven parte de uno mismo. Con el tiempo dejan de sangrar, pero nunca se van del todo. Montar sabía que Skylar seguía sufriendo por ello más de lo que mostraba. Lo veía cuando sonreía a los niños del pueblo o cuando se detenía unos segundos de más a observar a una joven madre en el mercado. Nunca se quejaba. Nunca culpaba a los dioses.

Llevaba simplemente ese peso en el corazón con una dignidad que él siempre había admirado. Cuando su casa apareció entre los árboles, Montar sintió que el cansancio se aligeraba de inmediato. No era una morada grande ni especialmente hermosa. Era una construcción sencilla de piedra rodeada por una cerca de madera, con un pequeño huerto en la parte de atrás y una chimenea que humeaba casi todo el año. Y sin embargo representaba todo lo que había construido en la vida.

Cada viga, cada piedra y cada tabla de madera contaban una parte de su historia. Estaba a punto de sonreír cuando algo llamó su atención. Delante de la puerta de entrada había un objeto que no debería estar allí. Montar tiró levemente de las riendas y el caballo aminoró el paso. Al principio pensó que se trataba de un saco dejado por algún vecino o de una cesta olvidada por un mercader de paso. Sin embargo, cuanto más se acercaba, más crecía dentro de él una sensación difícil de explicar.

No era miedo. Tampoco preocupación. Era más bien la sensación de que algo importante estaba a punto de suceder. Cuando llegó frente a la casa, descendió de la carreta sin perder tiempo. El crepúsculo dificultaba distinguir los detalles, pero aun así logró ver que se trataba de un cesto de mimbre cubierto por una vieja manta de lana. Permaneció inmóvil unos segundos, observándolo en silencio. No había ninguna nota. Ningún símbolo.

Ninguna señal que pudiera explicar por qué lo habían dejado precisamente allí. Montar se arrodilló lentamente y extendió una mano hacia la tela. Por algún motivo su corazón había empezado a latir más deprisa. Levantó la manta con sumo cuidado y el aliento se le detuvo en la garganta. Dentro del cesto dormía un bebé. Montar se quedó inmóvil. Por un instante pensó que se había equivocado. Tal vez el crepúsculo le había jugado una mala pasada.

Tal vez el cansancio del día estaba alterando su percepción. Sin embargo, incluso después de parpadear varias veces, el niño seguía allí, dormido en el cesto como si fuera lo más normal del mundo. Tenía pocos meses, quizá menos de un año. Una manta gastada lo envolvía casi por completo, dejando al descubierto solo el rostro y una de sus manitas. Parecía dormir plácidamente, ajeno al hecho de que su presencia estaba trastocando la tranquilidad de una casa y, sin que nadie pudiera imaginarlo, el curso mismo del destino.

Montar miró de inmediato a su alrededor. El sendero estaba desierto. Las colinas que rodeaban la propiedad estaban sumidas en las sombras del anochecer y ningún ruido, aparte del viento, parecía provenir del campo. Quienquiera que hubiese dejado allí a ese niño ya se había marchado.

«¿Hay alguien ahí?», gritó. Su voz se propagó entre los campos y se apagó en el silencio. Ninguna respuesta. Esperó unos segundos y volvió a intentarlo.

«¡Eh!» Nada de nuevo. El niño se movió un poco. Una manita salió de la manta y se cerró en el vacío. Después, lentamente, abrió los ojos. Montar no habría sabido explicar por qué aquel instante quedó grabado en su memoria. Tal vez por la calma que vio en esa mirada. Tal vez porque esperaba un llanto y en cambio encontró solo curiosidad. El niño lo observó; no parecía asustado, no parecía confundido. Simplemente lo miraba, y luego sonrió.

Fue una sonrisa pequeña, casi imperceptible, pero suficiente para desarmar por completo al campesino.

«Por todos los dioses...», murmuró. En ese preciso instante la puerta de la casa se abrió a sus espaldas.

«¿Montar?» La voz de Skylar estaba llena de esa tranquila familiaridad que acompaña a las parejas casadas desde hace muchos años.

«¿Eres tú? Creí haberte oído llamar.» Montar se volvió apenas.

«Skylar... ven aquí.» La mujer salió al umbral secándose las manos en el delantal. Probablemente estaba preparando la cena. Dio algunos pasos hacia él y al principio pareció molesta por su expresión. Luego vio el cesto. El cambio en su rostro fue inmediato: la curiosidad dio paso al asombro, el asombro a la confusión, y por fin la confusión a algo mucho más profundo. Skylar se acercó lentamente y se arrodilló junto a su marido.

Durante unos segundos no dijo nada. El niño seguía mirándola, y luego extendió una mano hacia ella. La mujer se llevó instintivamente una mano a la boca.

«Oh...» Fue poco más que un susurro.

«Oh, dioses...» Montar vio que los ojos de su esposa se llenaban de lágrimas; no eran lágrimas de dolor. ¡Todavía no! Eran lágrimas nacidas de algo que ella misma probablemente no lograba comprender. El niño agitó de nuevo la mano. Skylar vaciló apenas y le ofreció un dedo. Los diminutos dedos del pequeño lo agarraron de inmediato. La mujer contuvo la respiración. Montar vio que le temblaban los hombros. Conocía esa mirada. La había visto pocas veces en la vida.

La primera, el día de su boda. La segunda, cuando terminaron de construir la casa. Ahora la veía por tercera vez. Era la mirada de una persona que siente cómo su corazón se abre ante algo inesperado.

«¿Quién puede haber hecho algo así?», susurró.

«No lo sé.»

«Está aquí solo.»

«Sí.» Skylar volvió a observar el sendero, como si esperara ver aparecer a alguien de un momento a otro. Pero no había nadie. Solo el viento, solo la noche que avanzaba lentamente sobre los campos de Kaledon.

«Tenemos que llevarlo adentro.» Montar asintió. Esta vez no tuvo ninguna duda. Fuera cual fuese la historia de aquel niño, dejarlo allí no era una opción. Levantó con cuidado el cesto y juntos entraron en la casa. El calor de la chimenea los recibió de inmediato. El aroma del pan recién horneado llenaba el aire y una olla hervía a fuego lento. Era una escena familiar, ordinaria, casi trivial. Y sin embargo, aquella noche todo parecía distinto.

Como si la propia casa hubiera percibido que algo estaba cambiando. Skylar despejó rápidamente la mesa y colocó allí el cesto. Después se sentó junto al niño sin apartar los ojos de él. Montar se quitó el manto y lo colgó junto a la puerta. Normalmente, después de un día de trabajo, el primer pensamiento era para la cena. Aquella noche, en cambio, el aroma del pan recién horneado y del guiso que hervía en el fuego parecían pertenecer a otra vida.

Toda su atención estaba concentrada en el pequeño huésped.

«Debe de tener hambre», dijo Skylar tras unos minutos. No era una suposición particularmente difícil. Las mejillas del niño estaban algo hundidas y las manos demasiado delgadas para su edad. Quienquiera que lo hubiese dejado ante su puerta desde luego no lo había cuidado bien en los últimos tiempos. La mujer se levantó y se acercó al fuego. Tomó una pequeña olla y vertió en ella un poco de leche. Mientras esperaba a que se calentara, no dejaba de volverse hacia la mesa para comprobar que el niño estuviera bien.

Ese gesto hizo nacer en los labios de Montar una sonrisa involuntaria. Era como observar una parte de Skylar que siempre había sabido que existía, pero que nunca había tenido ocasión de manifestarse de verdad. Cuando la leche estuvo lista, la mujer volvió a la mesa y se sentó junto al cesto. Con sumo cuidado tomó al niño en brazos. El pequeño se dejó hacer sin oponer resistencia alguna. Es más, pareció buscar espontáneamente el contacto, apoyando la cabeza contra su pecho como si ese gesto le resultara natural.

Skylar contuvo la respiración. Montar se dio cuenta de inmediato. No dijo nada. No hacía falta. Después de tantos años juntos había aprendido a reconocer cada emoción de su esposa mucho antes de que ella encontrara las palabras para expresarla. El niño empezó a beber con avidez. No era el comportamiento de una criatura consentida ni simplemente hambrienta. Parecía más bien el gesto desesperado de alguien que temía perder lo que le habían ofrecido.

Skylar bajó la mirada y acarició lentamente los cabellos oscuros del pequeño.

«Pobre criatura», murmuró. Montar permaneció en silencio. Había pasado gran parte de su vida creyendo que el mundo era, en esencia, sencillo. Los hombres sembraban, cosechaban, formaban familias y trataban de vivir honradamente. Claro que existían el sufrimiento y la injusticia, pero de algún modo todo parecía seguir un orden comprensible. Aquella noche, en cambio, se encontraba ante algo que escapaba a toda lógica. ¿Quién era ese niño?

¿De dónde venía? ¿Por qué lo habían dejado precisamente frente a su casa? Cuanto más pensaba en ello, menos lograba encontrar una respuesta satisfactoria. Cuando el pequeño terminó la leche, dejó escapar un leve suspiro y cerró los ojos unos segundos. Parecía por fin relajado. Skylar sonrió. Una sonrisa distinta de las que Montar

estaba acostumbrado a ver. Más luminosa. Más profunda. Casi dolorosa. La mujer se quedó observándolo largo rato antes de darse cuenta de que la cena se estaba enfriando sobre la mesa.

«Deberíamos comer», dijo.

«Probablemente sí.» Ninguno de los dos se movió. Por alguna razón ambos temían que alejarse aunque fuera un momento pudiera romper el hechizo que se había creado en la habitación. Al final fue Skylar quien tomó la iniciativa. Acomodó al niño en el cesto y se acercó a la mesa junto a su marido. Comieron casi en silencio, intercambiando apenas unas palabras. De vez en cuando alguno de los dos se volvía a comprobar al pequeño, como si temiera verlo desaparecer.

Solo cuando terminó la cena y se alimentó el fuego con leña nueva, la conversación tomó un rumbo diferente. Montar observó las llamas unos instantes antes de hablar.

«Mañana tendremos que avisar al pueblo.» Skylar bajó la mirada. Era una conclusión inevitable.

«Lo sé.»

«Alguien podría estar buscándolo.» La mujer no respondió de inmediato. Se limitó a observar al niño dormido.

«¿De verdad crees que alguien vendrá?» Montar vaciló. Era una pregunta sencilla, pero la respuesta no lo era en absoluto.

«No lo sé.» Y era la verdad. Porque en el fondo de su corazón empezaba a abrirse paso una sospecha inquietante. Tal vez nadie llegaría. Tal vez quien había dejado a ese niño ante su puerta ya había tomado una decisión definitiva. Tal vez aquella criatura había sido confiada al destino. O a ellos. El pensamiento lo perturbó más de lo que estaba dispuesto a admitir. Mientras afuera la noche envolvía los campos de Kaledon y el viento hacía danzar las sombras más allá de las ventanas, Montar y Skylar permanecieron sentados

junto al fuego.

Ninguno de los dos podía imaginar todavía que aquella sería la noche más importante de su vida. Una noche destinada a marcar el comienzo de una historia que, muchos años después, cambiaría el destino de reyes, héroes y reinos enteros. Pero por el momento solo existían una casa silenciosa, el crepitar de la chimenea y un niño dormido en un cesto de mimbre. Y, por primera vez en muchísimos años, el vacío que había acompañado aquella casa parecía un poco menos profundo.

Skylar permaneció largo rato en silencio después de esas palabras. Las llamas de la chimenea se reflejaban en sus ojos y por un instante Montar tuvo la sensación de que su esposa ya no estaba observando al niño dormido en el cesto, sino algo mucho más lejano. Tal vez un recuerdo. Tal vez una de las tantas vidas que había imaginado y que nunca había tenido ocasión de vivir. Después de tantos años juntos, había aprendido a reconocer esos momentos.

No hacían falta explicaciones. Bastaba con esperar.

«¿Sabes qué es lo que más me asusta?», preguntó ella finalmente sin apartar la vista del fuego. Montar negó lentamente con la cabeza.

«Que mañana alguien llame a esa puerta.» El hombre no respondió de inmediato. Era un temor que compartía. Es más, cuanto más pasaban las horas, más concreta le parecía esa posibilidad. Habría bastado la llegada de un viajero, de una mujer desesperada o de un hombre en busca de su hijo perdido para destruir aquel frágil equilibrio que se había creado en la habitación. Y sin embargo había algo que seguía pareciéndole extraño.

Quien abandona a un niño ante la puerta de una casa no actúa por impulso. Es una decisión. Dolorosa, tal vez. Desesperada. Pero una decisión al fin y al cabo.

«Si alguien lo está buscando, vendrá», dijo por fin. Skylar asintió, pero era evidente que esa respuesta no la tranquilizaba. Durante unos segundos se quedó observando al pequeño que dormía profundamente, luego se levantó y se acercó al cesto. Acomodó mejor la manta sobre sus hombros y le rozó suavemente una mejilla. El niño se movió apenas, sin despertarse. Montar observó la escena sin intervenir. En ese momento comprendió algo que hasta entonces solo había intuido.

No era el niño quien necesitaba de ellos. Al menos no solamente. Skylar también lo necesitaba a él. La certeza lo golpeó con una fuerza inesperada. Durante años había asistido, impotente, al dolor silencioso de su esposa. No un dolor violento o ruidoso, sino algo más difícil de afrontar. Un vacío. Una carencia que se había ido infiltrando lentamente en su vida sin desaparecer jamás del todo. Habían aprendido a convivir con ella, a ignorarla en los días buenos y a aceptarla en los peores.

Sin embargo, nunca había desaparecido. Ahora, por primera vez en mucho tiempo, ese vacío parecía menos profundo.

«¿Te acuerdas de cuando construimos esta casa?», preguntó Skylar volviendo a sentarse. Montar sonrió.

«¿Cómo podría olvidarlo?»

«Estábamos convencidos de saberlo todo.»

«Estábamos convencidos de ser inteligentes.»

«Estábamos convencidos de ser jóvenes.» Esa observación les arrancó una risa a ambos.

«En eso sí teníamos razón», replicó él.

«Solo en eso.» Durante unos instantes se dejaron llevar por los recuerdos. Revivieron los días pasados acarreado piedras, cortando vigas y arreglando el tejado bajo el sol del verano. Recordaron los errores cometidos, las discusiones e incluso los pequeños desastres

que en su momento habían parecido enormes problemas. Con el paso de los años esos recuerdos habían perdido todo su peso negativo, convirtiéndose simplemente en partes de su historia.

«¿Te acuerdas del cuarto al fondo del pasillo?», preguntó Skylar. Montar asintió lentamente. Por supuesto que lo recordaba. Cuando habían proyectado la casa, aquel cuarto tenía un propósito muy concreto. Ninguno de los dos lo había declarado nunca abiertamente, porque parecía tan obvio que no requería explicación. Debía ser una habitación infantil. Durante años habían seguido llamándola así incluso cuando ya era evidente que ningún niño dormiría entre esas paredes.

«Entro pocas veces», confesó la mujer.

«De vez en cuando abro la puerta, miro adentro y vuelvo a cerrarla. Es una tontería, lo sé.»

«No es una tontería.»

«Tal vez sí.» Montar negó con la cabeza.

«Algunas cosas no dejan de doler solo porque pase el tiempo.» Skylar bajó los ojos. Por primera vez esa noche no intentó ocultar su tristeza. Se quedó simplemente sentada, escuchando el crepitar del fuego. Fue entonces cuando llegó del cesto un pequeño ruido. Ambos se volvieron. El niño se había dado la vuelta mientras dormía y una de sus manos había resbalado fuera de la manta. Nada más. Y sin embargo bastó para interrumpir cualquier pensamiento.

Skylar sonrió instintivamente. Montar se dio cuenta y, por algún motivo, esa sonrisa le causó más impresión que cualquier otra cosa ocurrida durante la velada. Porque no era la sonrisa de una mujer que había encontrado una solución a sus problemas. Era la sonrisa de una mujer que había recuperado la esperanza. Y las esperanzas, lo sabía bien, eran tan maravillosas como peligrosas. Siguió observando al niño mientras las sombras de la noche se alargaban sobre las paredes

de la casa.

En algún lugar, más allá de las colinas, el mundo continuaba su camino. Otros hombres cenaban con sus familias. Otros niños eran acostados. Otros viajeros recorrían caminos sumidos en la oscuridad. Y sin embargo, en aquella pequeña casa a las afueras de Kaledon, algo había cambiado. No de forma repentina. No de forma evidente. Pero sí de forma definitiva. Ni Montar ni Skylar estaban aún preparados para admitirlo. Sin embargo, una parte de ellos ya había tomado la decisión que a la mañana siguiente intentarían desesperadamente justificar con la razón.

Su corazón, en efecto, había elegido mucho antes que su mente. La casa se sumió lentamente en el silencio. No era un silencio vacío, sino uno de esos que se crean cuando dos personas no necesitan llenar cada instante con palabras. El crepitar de la chimenea, el viento que rozaba las paredes exteriores y la respiración regular del niño parecían suficientes para ocupar el espacio a su alrededor. Montar se levantó para añadir otro leño al fuego.

Las llamas se avivaron de inmediato, proyectando nuevas sombras en el techo. Durante unos instantes se quedó observando la madera que ardía. A menudo encontraba una extraña paz al mirar el fuego. Había algo antiguo y reconfortante en esa luz. De niño había pasado noches enteras escuchando los relatos de su padre junto a la chimenea. Historias de cosechas excepcionales, de inviernos terribles y de hombres que habían atravesado medio continente en busca de fortuna.

Ninguna de esas historias hablaba de reyes ni de héroes. Eran relatos de gente común. Tal vez por eso siempre le habían parecido más verdaderos.

«¿En qué piensas?», preguntó Skylar.

«En mi padre.» La mujer sonrió.

«Hace mucho que no lo nombrabas.»

«Lo sé.» Montar volvió a sentarse. Durante unos segundos permaneció en silencio, como si estuviera buscando entre los recuerdos algo que no quería perder.

«Decía siempre que los hombres pasan la mitad de la vida haciendo planes y la otra mitad descubriendo que las cosas importantes llegan cuando menos te lo esperas.» Skylar miró al niño.

«Tal vez tenía razón.»

«Probablemente sí.» La mujer bajó la mirada y acarició distraídamente el borde del cesto.

«¿Crees que existe un motivo por el que lo dejaron precisamente aquí?» Era una pregunta que ambos se habían hecho al menos una docena de veces durante la velada. Montar respiró lentamente.

«No lo sé.»

«Pero has pensado en ello.»

«Sí.»

«¿Y?» El hombre vaciló. No porque temiera la respuesta, sino porque le parecía absurda.

«Pienso que quien lo dejó aquí sabía exactamente lo que estaba haciendo.» Skylar no dijo nada.

«Hay otras casas más cercanas al pueblo. Otras familias. Personas más ricas que nosotros. Personas que viven mejor. Y sin embargo alguien recorrió todo este camino para llegar hasta aquí.»

«¿Estás diciendo que lo eligieron a propósito?»

«Estoy diciendo que no creo que fuera casualidad.» La mujer se quedó pensativa. En efecto era difícil ignorar esa posibilidad. Su casa no estaba en un camino especialmente transitado. Quienquiera que hubiese abandonado al niño podría haberlo dejado en decenas de lugares más fáciles de alcanzar. Delante de la posada del pueblo. Junto al templo. Incluso ante la residencia del alcalde. Y en cambio

lo habían dejado allí. Ante su puerta.

La certeza quedó suspendida entre ellos sin que ninguno de los dos encontrara el valor de profundizar en ella. El niño se movió levemente mientras dormía. Esta vez abrió los ojos un instante, observó la habitación y volvió a cerrarlos casi de inmediato. Parecía tranquilo. Más tranquilo de lo que debería estar una criatura recién abandonada.

«Es extraño», dijo Skylar.

«¿Qué?»

«No tiene miedo.» Montar miró al pequeño.

«Tal vez esté demasiado cansado.»

«Tal vez.» Pero ninguno de los dos parecía realmente convencido. Por alguna razón aquel niño transmitía una serenidad difícil de explicar. No era la actitud de alguien abandonado en el mundo. Parecía más bien el comportamiento de alguien que por fin había llegado al lugar donde debía estar. La idea cruzó la mente de Skylar y casi la hizo sonreír. Era absurda. Y sin embargo no lograba desprenderse de ella. Las horas siguieron transcurriendo lentamente.

En un momento dado la luna alcanzó el punto más alto del cielo y la luz plateada empezó a filtrarse por la ventana. El pueblo, los campos y los bosques circundantes estaban ya sumidos en un sueño profundo. Montar se dio cuenta de que su esposa luchaba contra el cansancio.

«Deberías descansar.»

«Enseguida.»

«Llevas una hora diciendo eso.»

«Enseguida.» El hombre sonrió. Algunas cosas nunca cambiaban. Skylar seguía teniendo la misma tozudez que la había hecho enamorarlo tantos años atrás.

«Eres imposible.»

«Y aun así te casaste conmigo.»

«Fue mi primer gran error.» La mujer le lanzó una mirada indignada que duró menos de un segundo antes de convertirse en una carcajada. Montar también rio. El niño se agitó un poco, pero no se despertó. Durante unos minutos permanecieron sentados allí, dejándose mecer por aquella paz inesperada. Ninguno de los dos podía saber que aquella sería la última noche de su vida antes de que el destino comenzara realmente a moverse.

Por el momento, sin embargo, el futuro no existía. Solo existía el presente. Una casa modesta. Una chimenea encendida. Dos personas que habían aprendido a amarse a pesar de las heridas de la vida. Y un niño llegado de la nada que, sin pronunciar una sola palabra, ya había empezado a cambiarlo todo. El tiempo pareció ralentizarse. Las conversaciones se hicieron más escasas y los silencios más largos, pero no por ello menos significativos.

Montar siempre había creído que el silencio era algo sencillo. Solo con el paso de los años había comprendido que existían muchos tipos de silencio. Estaba el de la soledad, que pesa como una piedra sobre el pecho. Estaba el de la ira, que separa a las personas más que cualquier distancia. Y luego estaba el que compartía con Skylar en ese momento: un silencio hecho de comprensión, de pensamientos que no necesitaban ser pronunciados para ser entendidos.

La mujer se había acercado de nuevo al cesto. Ni siquiera parecía darse cuenta. Cada vez que se alejaba unos pasos terminaba inevitablemente por volver junto al niño. Lo observaba dormir, le acomodaba la manta, le rozaba el cabello con la punta de los dedos. Eran gestos espontáneos, sin ninguna reflexión detrás. Gestos que nacían de una parte profunda de su ser y que tal vez llevaban años esperando la ocasión de manifestarse.

Montar la observó sin decir nada. En ese momento comprendió que la mujer sentada frente a él no había cambiado. Siempre había sido esa persona. Los años no habían creado esa dulzura ni ese deseo de proteger a alguien. Eran cualidades que siempre había poseído. Simplemente nunca habían encontrado un destinatario. Fue entonces cuando Skylar habló.

«¿Crees que se acordará de esta noche?» La pregunta tomó a Montar por sorpresa.

«¿Cuando sea mayor?» Ella asintió. El hombre miró al niño y sonrió.

«No. Es demasiado pequeño.»

«Me lo imaginaba.» Skylar guardó silencio unos instantes antes de añadir: «Es extraño.»

«¿Qué?»

«Para él esta noche no significará nada. Probablemente no conservará ningún recuerdo de ella. Y sin embargo para nosotros será imposible olvidarla.» Montar reflexionó sobre esas palabras. Era verdad. Para aquel niño sería solo una más de las tantas noches de su infancia. Una noche que el tiempo borraría sin dejar rastro. Para ellos, en cambio, todo ya había cambiado. Ocurriera lo que ocurriese al día siguiente, ya no serían las mismas personas.

El campesino se levantó y se acercó a la ventana. Afuera el cielo estaba despejado. Miles de estrellas brillaban sobre los campos de Kaledon. Las colinas parecían dormidas y hasta el viento se había calmado. En aquella quietud absoluta el mundo parecía inmutable, eterno. Y sin embargo Montar sabía que nada permanece igual para siempre. Era una lección que la vida le había enseñado muchas veces. Las estaciones cambian. Las personas envejecen.

Los niños se convierten en hombres. Las alegrías llegan y se van. Hasta el dolor, tarde o temprano, se transforma en algo distinto.

Mientras contemplaba el horizonte, se dio cuenta de que durante años había creído conocer el curso de su propia existencia. Pensaba que el futuro ya estaba escrito: seguiría trabajando la tierra, viviendo junto a Skylar y un día abandonaría este mundo exactamente igual a como lo había encontrado.

Una vida sencilla. Una vida digna. Una vida ordinaria. Ahora ya no estaba tan seguro. No porque imaginara grandes aventuras o acontecimientos extraordinarios. Sino porque el simple hecho de que aquel niño hubiese aparecido ante su puerta demostraba que el destino todavía poseía la capacidad de sorprenderlo.

«Montar.» La voz de Skylar lo devolvió a la realidad. Cuando se volvió, vio que la mujer tenía al niño en brazos. Se había despertado. No lloraba. No parecía asustado. Observaba simplemente la habitación con la seriedad de quien intenta comprender un mundo completamente nuevo. Skylar sonrió.

«Mira.» El pequeño había estirado una mano hacia el fuego, fascinado por la luz de las llamas.

«Creo que le gusta la chimenea.»

«Espero que solo le guste mirarla.» Ella rio.

«¿Ya te da miedo que cause problemas?»

«Es un niño. Es prácticamente su deber.» Durante unos segundos se limitaron a observarlo. Fue entonces cuando ocurrió algo insignificante. Y sin embargo, años después, ambos lo recordarían. El niño apoyó la cabeza contra el pecho de Skylar y cerró lentamente los ojos. Eso fue todo. Un gesto sencillo. Natural. Instintivo. Pero en ese preciso momento algo se quebró definitivamente dentro de la mujer. O tal vez se recompuso. Montar no habría sabido decirlo.

Vio solamente cómo los ojos de Skylar se llenaban de lágrimas. No de tristeza. No de dolor. Eran lágrimas nacidas de una emoción demasiado grande para ser contenida. La mujer bajó la mirada hacia

el pequeño y lo estrechó con delicadeza. Como si temiera que el mundo pudiera arrebatárselo. Como si hubiera esperado ese instante toda su vida. Montar comprendió que ya no existía posibilidad alguna de volver atrás. No importaba lo que fuese a suceder al día siguiente.

No importaba quién fuera aquel niño. No importaba de dónde viniera. Para Skylar ya se había convertido en algo mucho más importante que un desconocido encontrado en un cesto. Se había convertido en una esperanza. Y las esperanzas, una vez que entran en el corazón de una persona, no pueden simplemente apartarse. Siguió observando la escena sin interrumpirla. Afuera, muy lejos, el horizonte apenas empezaba a clarear. El amanecer todavía estaba lejos, pero la noche ya había comenzado a ceder el paso al nuevo día.

Y sin que ninguno de los presentes pudiera imaginarlo, también el destino se estaba preparando para su propio amanecer. Lentamente, casi sin darse cuenta, la conversación se apagó. No porque hubieran agotado los temas, sino porque hay noches que llegan a un punto en el que las palabras ya no hacen falta. Solo quedan los pensamientos, la respiración de las personas que se aman y el tiempo que sigue transcurriendo con la paciencia de quien sabe que nada puede detenerlo.

Skylar se había acomodado en el viejo sillón junto a la chimenea. El niño descansaba entre sus brazos y parecía por fin completamente sereno. Sus manitas se habían relajado y su rostro había perdido esa tensión casi imperceptible que lo había acompañado en las primeras horas de la noche. Por primera vez desde que lo habían encontrado, parecía realmente a salvo. Montar observó esa escena y sintió una extraña opresión en el pecho.

No era dolor. Tampoco era felicidad. Era algo más complejo. La certeza de que existen momentos capaces de dividir una vida en dos

partes: lo que fue antes y lo que vendrá después. Tal vez estaba ocurriendo justamente eso. Tal vez aquella noche se convertiría en uno de esos recuerdos que acompañan a un hombre hasta la vejez. Volvió a sentarse cerca del fuego y dejó vagar la mirada por la habitación. Cada objeto le resultaba familiar.

La mesa construida por su padre. El aparador que Skylar había recibido como regalo el día de la boda. Los estantes llenos de utensilios. Las cortinas cosidas a mano. Cada cosa contaba una parte de su historia. Durante años había pensado que esa historia ya estaba completa. No concluida, pero sí definida. Como un libro que ya ha encontrado su propio tono y su propio recorrido. Ahora se daba cuenta de que se había equivocado. La vida nunca deja de sorprender a quien está dispuesto a recibirla.

Incluso cuando uno está convencido de que ya no quedan sorpresas por esperar. El fuego se fue apagando gradualmente. Montar añadió otro trozo de leña y las llamas volvieron a crecer. El resplandor iluminó el rostro dormido de Skylar. También ella, al final, había cedido al cansancio. Tenía la cabeza levemente inclinada hacia un lado y una expresión de paz le distendía las facciones. Montar no lograba recordar la última vez que la había visto dormir con esa sonrisa.

Tal vez nunca había sucedido. Durante años había visto a su esposa afrontar el dolor con dignidad, sin quejarse y sin permitir que la amargura cambiara a la persona que era. Sin embargo, siempre había sabido que una parte de ella seguía esperando algo. Ahora esa parte parecía haber encontrado por fin una respuesta. Se levantó con cuidado y tomó una manta. La colocó sobre los hombros de Skylar procurando no despertarla. Después permaneció unos instantes inmóvil, observando a la mujer y al niño.

Parecían pertenecerse el uno al otro. Era una sensación irracional. Y sin embargo era imposible ignorarla. El pequeño se movió apenas en sueños y buscó inconscientemente el calor del cuerpo que lo sostenía. Skylar, sin despertarse, lo acercó todavía más a sí misma. Montar sonrió. En ese momento comprendió que la decisión ya estaba tomada. No con palabras. No con la razón. Sino con algo mucho más profundo. Si a la mañana siguiente nadie venía a reclamar a aquel niño, no habría ningún debate.

Ninguna discusión. Ninguna duda. Se quedaría con ellos. El hombre volvió junto a la ventana. El horizonte había empezado a cambiar de color. Las estrellas más débiles iban desapareciendo y una fina franja plateada se extendía sobre las colinas orientales. El amanecer se acercaba. Con él llegaría el momento de las preguntas. El pueblo. Las explicaciones. Las decisiones oficiales. Todo lo que la noche había podido posponer. Pero todavía no.

Durante algunos minutos el mundo pareció contener la respiración. Después ocurrió algo sencillo. Algo que probablemente nadie más habría considerado importante. El niño abrió los ojos. No lloró. No se agitó. Miró la habitación. Miró el fuego. Miró a Skylar. Por último miró a Montar. Sus miradas se encontraron durante un breve instante. Y el pequeño sonrió. Una vez más. La misma sonrisa que había mostrado en el cesto. La misma sonrisa que parecía aparecer cada vez que se cruzaba con alguna de sus miradas.

Montar sintió que algo se deshacía en su interior. Jamás habría admitido algo así delante de nadie. Pero en aquel preciso instante dejó de ver a un niño desconocido. Empezó a ver a un hijo. No a su propio hijo. Todavía no. Pero sí la posibilidad de serlo. Y era una diferencia enorme. Fue entonces cuando los primeros rayos del sol superaron las colinas. La luz entró por la ventana y atravesó la habitación con lentitud, rozando la mesa, el suelo y por último el

rostro del niño.

Skylar abrió los ojos casi en el mismo instante. Durante algunos segundos pareció confundida. Después recordó. Bajó la mirada hacia el pequeño y sonrió. Una sonrisa llena de asombro. Como si temiera que todo aquello pudiera desvanecerse de un momento a otro. El niño respondió con una breve risa. Un sonido pequeño. Cristalino. Puro. Y sin embargo bastó para llenar la casa más que cualquier palabra. Montar se volvió hacia la ventana.

El sol salía sobre Kaledon. Un nuevo día había comenzado. Ninguno de los dos podía saber qué caminos recorrería aquel niño. Nadie podía imaginar las amistades que forjaría, las decisiones que tomaría o la huella que dejaría en el mundo. Por el momento solo existía aquella casa. Solo existían ellos. Y por primera vez en muchísimos años, el futuro no se presentaba como un camino ya trazado, sino como algo nuevo. Algo por descubrir.

Algo que, en silencio, había llamado a su puerta en plena noche escondido dentro de un simple cesto de mimbre. Montar permaneció aún unos instantes frente a la ventana. El sol continuaba su lento ascenso por el cielo y la luz de la mañana se extendía sobre el campo con una dulzura casi irreal. El rocío brillaba sobre la hierba y las primeras aves empezaban a llenar el aire con su canto. Era una mañana como tantas otras. Y sin embargo, para él, no lo era en absoluto.

Cuando se volvió, encontró a Skylar todavía sentada en el sillón. El niño estaba despierto y observaba la habitación con la atención de quien intenta grabar cada detalle en la memoria. De vez en cuando su mirada se detenía en la chimenea, luego en los muebles, luego en los rostros de los dos adultos. No mostraba temor alguno. Al contrario, parecía sentirse perfectamente a gusto.

«Tiene hambre», observó Skylar.

«¿Cómo lo sabes?»

«Porque me está mirando como si fuera una despena.» Montar rio.

«Entonces me temo que tienes razón.» La mujer se levantó y se acercó de nuevo al fuego. Por primera vez en muchas horas la casa volvió a animarse con los gestos habituales de la vida cotidiana. Se cortó el pan, se calentó el agua y se preparó el desayuno. Y sin embargo hasta esas acciones parecían distintas. Cada movimiento venía acompañado de la presencia del niño, como si él siempre hubiera estado allí. Mientras comían, Montar se dio cuenta de algo que hasta entonces se le había escapado.

La casa no había cambiado. Las paredes eran las mismas. Los muebles eran los mismos. La chimenea era la misma. Y sin embargo todo parecía más vivo. Como si una habitación que había permanecido cerrada durante años se hubiese abierto de pronto, dejando entrar aire fresco. La certeza lo golpeó con una fuerza inesperada. Durante mucho tiempo había creído que él y Skylar habían aceptado plenamente su suerte. Pensaba que habían aprendido a convivir con aquel vacío.

Tal vez era cierto. Pero convivir con una carencia no significa dejar de sentirla. Miró a su esposa mientras sostenía al niño en brazos. Ella sonreía. No la sonrisa amable que dedicaba a los demás. No la educada que mostraba durante las fiestas del pueblo. Era una sonrisa auténtica. De las que nacen de lo más profundo. Montar comprendió que haría cualquier cosa por volver a verla. La mañana avanzó lentamente. Con el paso de las horas empezaron a llegar los primeros ruidos procedentes del campo.

Una carreta a lo lejos. Las voces de algunos campesinos. El mundo estaba recuperando su ritmo. Y con él volvían también las responsabilidades.

«Tendremos que ir al pueblo», dijo por fin Montar. Skylar asintió. No pareció sorprendida. Ambos sabían que ese momento llegaría.

«Lo sé.»

«Deben saber que encontramos a un niño.»

«Lo sé.»

«Alguien podría reconocerlo.» La mujer bajó la mirada. Por primera vez desde que había salido el sol, la sombra de la preocupación volvió a su rostro.

«¿Y si nadie lo reconoce?» Montar no respondió de inmediato. Miró al pequeño. El niño estaba jugando con un extremo de la manta, completamente ajeno a la conversación.

«Entonces tendremos que tomar una decisión.» Skylar lo miró fijamente. Por un instante ninguno de los dos habló. No hacía falta. La decisión ya había sido tomada muchas horas antes. Durante la noche. Frente al fuego. Cuando el niño había apretado el dedo de Skylar. Cuando había dormido entre sus brazos. Cuando el silencio de la casa había dejado de parecer vacío. Ambos lo sabían. Ambos fingían no saberlo. Porque hacerlo real significaba aceptar también el riesgo de perderlo.

Fue entonces cuando el niño soltó una breve risa. Montar y Skylar se volvieron al mismo tiempo. El pequeño los estaba observando. Sonriendo. Como si hubiese entendido algo que ellos todavía no lograban admitir. Montar estalló en carcajadas. Skylar hizo lo mismo. Y durante algunos segundos todos los miedos, todas las dudas y todas las incertidumbres desaparecieron. Solo existían ellos tres. Un hombre. Una mujer. Y un niño llegado de la nada.

Muchos años después, cuando los acontecimientos convirtieran a ese niño en una figura destinada a dejar huella en la historia de Kaledon, nadie recordaría aquella mañana. Nadie hablaría del pan

compartido en torno a una mesa. De las risas. De la luz que se filtraba por las ventanas. Del olor de la leña que ardía en la chimenea. Y sin embargo fue precisamente allí donde todo había comenzado. No en las guerras. No en las profecías.

No en los grandes acontecimientos que los juglares transmitirían a lo largo de los siglos. Sino en una pequeña casa de campo, donde dos personas comunes habían abierto su corazón a un niño abandonado. Porque las historias que cambian el mundo casi siempre empiezan así. En silencio. Antes de que alguien note su importancia. Skylar fue la primera en levantarse de la mesa. Lo hizo con reticencia, casi temiendo que al alejarse del niño unos minutos algo pudiera cambiar.

Era una sensación irracional y ella lo sabía bien, pero no lograba desprenderse de ella. Desde que había visto aquel rostrito asomar del cesto, una parte de ella vivía con el miedo constante de que todo pudiera desvanecerse en cualquier momento.

«Voy a arreglar el cuarto al fondo del pasillo», dijo. Montar levantó la mirada. No hacían falta explicaciones. Ambos sabían a qué cuarto se refería. Por un instante nadie habló. Después el hombre asintió lentamente.

«Está bien.» Skylar se detuvo en el umbral como si en ese momento se hubiera dado cuenta de lo que acababa de decir. El cuarto al fondo del pasillo. No el trastero. No el cuarto vacío. El cuarto. El que durante años había seguido existiendo en sus pensamientos aunque nadie hubiera tenido ya el valor de nombrarlo. La mujer bajó los ojos y sonrió apenas. Después se alejó. Montar la siguió con la mirada hasta que desapareció tras la esquina del pasillo.

Pocos instantes después oyó abrirse una puerta. Luego silencio. Se quedó sentado junto a la mesa con el niño delante. Por primera vez desde que lo habían encontrado, se encontró a solas con él. El

pequeño lo observó unos segundos. Parecía estudiarlo. Montar rio para sus adentros.

«¿Qué pasa?» El niño ladeó levemente la cabeza.

«¿Piensas interrogarme?» Naturalmente no recibió respuesta. Y sin embargo siguió hablando. Tal vez porque le parecía natural. Tal vez porque sentía la necesidad de llenar ese momento con algo.

«Te lo advierto, no se me dan bien los niños.» El pequeño golpeó la mesa con las manos. Montar soltó una carcajada.

«Voy a tomarme eso como un juicio negativo.» Pasaron algunos minutos. Afuera, el sol seguía subiendo en el cielo. La vida retomaba su curso. En algún lugar se oía el ruido de un hacha golpeando la madera. Más lejos aún, el bramido de algunos animales procedente de una granja vecina. Todo parecía normal. Y sin embargo Montar seguía teniendo la sensación de que algo había cambiado para siempre. No lograba explicárselo. Conocía a ese niño desde hacía menos de un día.

No sabía nada de él. No sabía su nombre. No conocía a su familia. No conocía su pasado. Y sin embargo ya le costaba imaginar aquella casa sin su presencia. El pensamiento lo asustó. Mucho más de lo que estaba dispuesto a admitir. Se levantó y tomó al pequeño en brazos. Era la primera vez que lo hacía. Los movimientos resultaron torpes. Inseguros. El niño, sin embargo, no pareció darse cuenta. Se limitó a apoyar una mano sobre su túnica y a mirar a su alrededor.

«Creo que tu madre se preocuparía si me viera.» La expresión en el rostro de Montar cambió casi de inmediato. Había pronunciado esas palabras sin pensarlo. Tu madre. No una madre. No tu verdadera madre. Tu madre. Se quedó inmóvil. El niño seguía observando la habitación. Ajeno. Montar bajó la mirada y sintió algo apretarse en el pecho. Comprendió en ese instante que se había

cruzado un límite. No sabía cuándo había ocurrido. No sabía cómo.

Pero había ocurrido. Poco después oyó pasos que venían del pasillo. Skylar volvió a la habitación con el rostro algo empolvado y algunas telarañas en el pelo. Parecía cansada. Y feliz. De una felicidad que casi dolía mirar.

«¿Cómo te fue?», preguntó Montar.

«Hay mucho que limpiar.»

«Me lo imaginaba.»

«Las ventanas están sucias. La cama está cubierta de polvo. Algunos muebles hay que arreglarlos.» Montar asintió. Skylar se detuvo. Luego añadió: «Pero sigue siendo un cuarto bonito.» El hombre comprendió de inmediato lo que ella quería decir en realidad. No estaba hablando de los muebles. Ni de las ventanas. Ni del polvo. Estaba hablando del futuro. Durante años ese cuarto había sido el símbolo de un sueño roto. Ahora, por primera vez, había dejado de representar una carencia.

Había vuelto a representar una posibilidad. Montar miró al niño. Después miró a su esposa. Y por primera vez desde el inicio de aquella increíble vicisitud, se dio cuenta de que también él estaba empezando a tener esperanza. Era una sensación peligrosa. Lo sabía. Las esperanzas pueden hacer feliz a alguien. Pero también pueden destruirlo. Y sin embargo, mientras el sol iluminaba la habitación y el niño reía sin motivo aparente, aquel miedo pareció alejarse.

Al menos por un momento. Al menos hasta que el mundo exterior volviera a llamar a su puerta. Montar habría querido que aquel momento durara para siempre. Era una consideración ingenua, casi infantil, pero no lograba evitarla. Durante años su vida había seguido un ritmo previsible. Las estaciones se sucedían una tras otra, el trabajo en los campos marcaba las jornadas y el futuro se presentaba como un camino ya recorrido cientos de veces.

Ahora, en cambio, todo parecía diferente. Ni mejor ni peor. Simplemente diferente. Como si una puerta que había permanecido cerrada durante mucho tiempo se hubiera abierto de repente, dejando entrar algo nuevo. Skylar volvió a sentarse junto a la mesa y el niño extendió inmediatamente los brazos hacia ella. Ese gesto fue tan espontáneo que dejó a ambos sin palabras. No parecía posible que una criatura tan pequeña hubiera aprendido ya a confiar en ellos, y sin embargo era exactamente lo que estaba sucediendo.

La mujer lo tomó en brazos y el pequeño se acomodó contra su pecho con la naturalidad de quien ha encontrado un lugar seguro.

«Creo que ya ha decidido», dijo Montar. Skylar lo miró.

«¿Decidido qué?»

«A quién prefiere entre nosotros dos.» La mujer rio.

«No seas celoso. Solo has tenido una noche para hacerte amigo suyo.»

«Evidentemente ha sido una noche insuficiente.» El niño soltó un sonido alegre y aplaudió, como si quisiera participar en la conversación. Durante unos segundos ambos se limitaron a observarlo. Cada movimiento parecía llenar la habitación de vida. Era una sensación tan nueva que casi daba miedo. El ruido de una carreta procedente del sendero interrumpió aquel momento. Montar se volvió de inmediato hacia la ventana. El corazón se le aceleró.

Por un instante temió que alguien hubiese venido a reclamar al niño. Se levantó y llegó hasta el vidrio. Un campesino simplemente cruzaba el camino que llevaba al pueblo. Nada más. Y sin embargo esa breve descarga de tensión bastó para recordarle una verdad que había tratado de ignorar durante toda la mañana. No podían quedarse escondidos en esa casa para siempre. Tarde o temprano tendrían que enfrentarse al mundo exterior.

Tarde o temprano tendrían que contar lo que había sucedido. Tarde o temprano alguien haría preguntas. Muchas preguntas. Skylar intuyó de inmediato lo que estaba pensando.

«¿Tenemos que ir hoy?»

«Sí.» La mujer bajó la mirada.

«Me lo imaginaba.» No había protesta alguna en su voz. Ninguna queja. Solo una triste aceptación. Ambos sabían que era lo correcto. Y sin embargo ninguno de los dos tenía ganas de dejar aquella casa. Porque dentro de esas paredes el niño era simplemente un niño. Fuera, en cambio, se convertiría en un problema que resolver. Un misterio que explicar. Una responsabilidad que discutir. Montar se acercó a la puerta y tomó el manto.

«Saldré después de comer.»

«¿Solo?»

«Creo que es mejor así.» Skylar asintió lentamente. La verdadera razón era evidente. No quería separarse del niño. Ni siquiera por unas horas. Montar sonrió.

«Volveré pronto.»

«Lo sé.» Durante unos segundos nadie habló. Luego el niño agarró un mechón de cabello de Skylar y empezó a tirar de él con entusiasmo. La mujer soltó un pequeño grito de sorpresa. Montar estalló en carcajadas.

«Ya está. Ahora sí que pareces un niño de verdad.»

«¡Suéltame!» El pequeño rio. O al menos lo intentó. El resultado fue una serie de sonidos graciosos que hicieron reír todavía más a ambos. En ese momento, observando a Skylar mientras intentaba liberarse de la presa de aquellas manitas, Montar tuvo una certeza absoluta. Fuera cual fuese el destino de aquel niño, cualquiera que fuese la historia que se escondiera tras su llegada y cualquiera que fuese la verdad que el pueblo descubriera en los días siguientes, nada

podría borrar lo que había ocurrido en esa casa.

Durante menos de un día habían tenido la impresión de ser una familia. Y esa sensación había sido real. Tan real que hacía que todo lo demás pareciera de pronto menos importante. Afuera, el sol seguía subiendo en el cielo de Kaledon. Los campos se animaban de vida, los campesinos trabajaban en los sembrados y el mundo seguía su camino, ajeno a lo que estaba sucediendo en aquella pequeña casa a las afueras del reino. Nadie podía saber que aquel niño, llegado en silencio una tarde de otoño, dejaría un día una huella profunda en la historia.

Nadie podía imaginar las alegrías, los dolores, los errores y las decisiones que le esperaban. En ese momento, sin embargo, nada de eso tenía importancia. Solo existían el presente, el calor de la chimenea y una felicidad frágil que dos personas custodiaban con la misma atención con que se protege una llama del viento. Montar pasó el resto de la mañana tratando de convencerse de que estaba reaccionando de manera racional.

Sin embargo, cuanto más observaba a Skylar y al niño, más difícil le resultaba sostener esa convicción. La verdad era mucho más simple. Ninguno de los dos estaba razonando como lo habría hecho el día anterior. El corazón ya se había adelantado mucho a la mente y cada hora pasada junto al pequeño hacía más difícil mantener el necesario distanciamiento. Tal vez era inevitable. Algunos vínculos nacen lentamente, a lo largo de los años.

Otros se forman en cuestión de instantes, sin pedirle permiso a nadie. Cuando el sol alcanzó el punto más alto del cielo, Skylar preparó una comida sencilla. Pan, queso y una sopa de verduras que había sobrado de la noche anterior. No era un banquete, pero a ninguno de los dos pareció importarle. El niño ocupaba ya el centro de cada pensamiento. Hasta los gestos más ordinarios acababan

girando en torno a él. Si dormía, bajaban la voz.

Si se movía, interrumpían la conversación. Si sonreía, cualquier preocupación parecía alejarse durante algunos minutos. En un momento dado Skylar se detuvo a observar al pequeño mientras intentaba torpemente agarrar una cuchara apoyada sobre la mesa. Lo intentó una vez. Después una segunda. Por fin lo consiguió y la levantó triunfante, como si hubiera conquistado una fortaleza.

«Mira esto», dijo riendo. Montar se volvió.

«Me temo que está más orgulloso de lo debido.»

«¿De quién habrá heredado eso?»

«Seguro que de mí no.»

«Claro. Sigamos contándonoslo así.» Durante unos segundos rieron juntos. Eran risas ligeras, sin ninguna sombra. Risas que parecían pertenecer a una vida distinta de la que habían vivido hasta el día anterior. Entonces alguien llamó a la puerta. Una sola vez. Tres golpes secos. El silencio cayó de inmediato sobre la habitación. Montar y Skylar se miraron. Nadie habló. El niño, ajeno a todo, siguió aferrando su cuchara como el más preciado de los tesoros.

Los golpes se repitieron. Esta vez más fuertes. Montar se levantó lentamente. Sentía el corazón latir más deprisa. Había llegado el momento que había intentado posponer durante toda la mañana. Cruzó la habitación y llegó hasta la puerta. Antes de abrir lanzó una rápida mirada hacia Skylar. La mujer sostenía al niño estrechamente contra sí. No parecía asustada. Parecía dispuesta a pelear. La imagen lo golpeó casi tanto como los golpes en la puerta.

Después abrió. En el umbral se encontraba Horan. El campesino sonrió.

«¿Piensas dejarme entrar o tengo que esperar al invierno?»

Montar permaneció inmóvil unos instantes antes de dejar escapar un suspiro de alivio.

«Por todos los dioses, me diste un susto.»

«Es un saludo muy caluroso.» Horan entró sin esperar una invitación formal. Después vio a Skylar. Vio al niño. Y se detuvo. La sonrisa desapareció.

«Montar...» El campesino asintió.

«Lo sé.»

«¿Quieres explicarme qué estoy viendo?» Por primera vez desde que había comenzado aquella increíble vicisitud, Montar se dio cuenta de lo absurda que era la situación. Un niño desconocido. Aparecido de la nada. Ante su puerta. Sin nombre. Sin familia. Sin explicación alguna. Incluso dicha en voz alta, la historia sonaba imposible. Horan escuchó el relato sin interrumpirlo. Cuando Montar terminó, su amigo permaneció en silencio varios segundos.

«¿Entonces alguien simplemente lo dejó aquí?»

«Sí.»

«¿Y nadie sabe quién es?»

«No.»

«Y ustedes lo han conservado.» Montar miró a Skylar. Después al niño. Por último volvió a mirar a Horan.

«Sí.» El hombre suspiró.

«Me lo imaginaba.» Esas dos palabras sorprendieron a ambos.

«¿Te lo imaginabas?», preguntó Skylar.

«Los conozco desde hace veinte años», respondió él.

«Te conozco a ti. Conozco a Montar. Si hubieran encontrado a un niño abandonado, no existía ningún universo en el que lo hubieran dejado fuera de la puerta.» Por primera vez desde que había entrado, Horan sonrió. No una sonrisa divertida. Una sonrisa llena de afecto.

«La verdad es que habría sido más raro lo contrario.» Montar bajó la mirada. Aquellas palabras le hicieron bien. Más de lo que

estaba dispuesto a admitir. Porque durante toda la noche había tenido miedo de estar cometiendo un error. Ahora, al menos por un momento, ese temor parecía más liviano. Horan se acercó lentamente al niño. El pequeño lo observó con curiosidad. Después le sonrió. Una vez más. Siempre esa sonrisa. El campesino estalló en carcajadas.

«Ya veo. Ahora entiendo cómo los conquistó.» Skylar sonrió.

«No fue difícil.»

«Ya lo veo.» Durante unos segundos nadie habló. Fue Horan quien rompió el silencio.

«Saben que el pueblo va a querer respuestas.»

«Lo sabemos.»

«Y saben que podría haber problemas.»

«Lo sabemos.» El hombre asintió. Después volvió a mirar al niño.

«Y sin embargo no creo que eso vaya a cambiar nada, ¿verdad?» Montar miró a Skylar. Skylar miró a Montar.

La historia de Kaledon no ha hecho más que empezar...

Continúa leyendo en la novela completa.

[Consigue el libro completo en Amazon →](#)